

Homenaje a Víctor García, Exiliado

(A propósito de su último libro)

Hace pocos días ha llegado a nuestras manos, y por partida doble, en italiano y en castellano, la —por el momento— última obra de Víctor García. Si la memoria no nos es infiel, desde España nadie hasta el presente ha alzado una voz sobre la vida y la obra de este pensador español, con evidente injusticia puesto que no es el autor de *Museihushugi. Historia del movimiento anárquico japonés* un ilustre desconocido. Silencios como éste duelen más, cuando se ponen en la siempre odiosa balanza de las comparaciones, dadas regularmente al subjetivismo. Pero no se puede evitar: las alabanzas a mediocres contrastan con el silencio ofensivo respecto a los sobresalientes.

Así que habrá que empezar por recordar que entre la muy copiosa bibliografía producida por Víctor García (seudónimo de Germinal Gracia) destacan dos vertientes. La una, destinada a la narrativa historiográfica, costumbrista y folclórica; la otra, dedicada a la filosofía política.

De entre las obras de la primera dirección destacan «América hoy», «La Incógnita de Indoamérica», «Proyección de Iberia en América», «Coordenadas Andariegas: Panamá, México y Océano Pacífico», «Japón hoy», «Escarceos sobre China», «El Sudeste Asiático», y otras.

Víctor García es español, y no ha dejado de serlo nunca pese a haber impartido su saber *urbi et orbi*, sin detenerse ante ninguna forma de chauvinismo. Y para demostrar que no todo es escribir, ha vivido y compartido las penas y alegrías de muchos pueblos esparcidos por el mundo. Si bien la Guerra Civil, la guerra entre hermanos, le colocó en el bando de los entonces perdedores y le obligó a partir muriendo un poco, jamás ha perdido ni la esperanza ni la alegría ni la perspectiva española. Mientras no se diga lo contrario, un simple cosmopolita es un tráfuga, es un Don Juan que liba de flor en flor; lo difícil es para el cosmopolita auténtico el amor a todo el cosmos desde la fidelidad a una polis. Tal fidelidad, en la larga noche del exilio, la ha mantenido Víctor García respecto a España, siendo por ello fiel a una sola flor, y de esa monogamia ha salido fortalecida la fidelidad a sí mismo.

Que en la actualidad resida —todavía— en Caracas un hombre como Víctor García es pobre señal. Una España que no ha ofrecido ya un rincón caluroso a quien tan hondamente la representa es, a lo sumo, una España *en vías de* reconciliación. Este verano, Víctor García ha pisado tierra española. Pero ¿se ha reencontrado con su pasado? A quien tanto luchó por el futuro, me temo que ni siquiera le hayamos devuelto el pasado. Quisiéramos para él la reviviscencia del pasado desde un presente consagrado activamente al futuro hispano.

Pero su obra no se limita a captar la historia y la cultura de las más variadas partes del mundo. Así, ha destacado como un fino analista de la filosofía política. Su óptica, el anarquismo. A estas alturas, desearíamos que al oír esta palabra nadie viese horripilar su cabello. Sólo el interés de una prensa *sui generis* es responsable del cúmulo de insensateces despiadadas que sobre la ética libertaria se ha vertido. Por mi parte, no conozco hombres más próximos a la ética cristiana que éstos. Sopla sobre ellos el viento del espíritu.

Pues bien, entre su aportación a la literatura anarquista sobresalen «El pensamiento anarquista», «La Internacional obrera», «Bakunin hoy», «Las utopías», y finalmente», «Museihushugi. Historia del movimiento anarquista japonés». Sus obras han sido vertidas incluso al esperanto, mientras que en nuestro país no han podido cruzar la frontera. Dicho sea *sine ira et studio* esto último.

Con todo, Víctor García no es un intelectual inorgánico. Gusta de la obra en equipo, de la colaboración y el anonimato. Desde esta perspectiva, forma parte del grupo editor de la «Enciclopedia Anarquista», y dirige la revista «Ruta», una de las más importantes del mundo libertario, y de mayor altura teórica.

No exageramos. Víctor García es nuestro amigo. Pero sabemos deslindar el campo de la amistad del campo intelectual, pese a la dificultad que ello entraña. Por si nuestra presentación de este pensador español resulta sospechosa de parcialidad, no vamos a tener más remedio que citar otros testimonios.

Ugo Fedeli le ha caracterizado como «inteligente e incansable viajero» (Prólogo al libro «La Internacional Obrera»), y eso sería poco con ser mucho. Víctor García, forjado en la insuperable escuela de la vida, ha tostado su piel con el sol de todos los meridianos en los más dispares trabajos, penado los dolores del cautivo en los campos de concentración tras el 1939, militado en la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial, participado como Primer Secretario de la Internacional Juvenil Anarquista, etc. *José Peirats* va más lejos al denominarle «Marco Polo de la Anarquía». *Felipe Aláiz* le adscribe, por su parte, a la más clásica escuela historiográfica libertaria: «Víctor García es un historiador de escuela americana. De su obra emerge un carácter sano, respetuoso hacia los teóricos consagrados, analítico respecto a las doctrinas especulativas... En algunos pasajes recuerda al estilo de Reclus». En la misma línea, por no multiplicar los testimonios, que son numerosos, se pronuncia *Benjamín Cano Ruiz*: «Víctor García es el hombre que más que ningún otro está profundizando hoy en los fun-

damentos teóricos del anarquismo, siguiendo la escuela de Max Nettlau... Antes de Víctor García, ningún historiador libertario había desenterrado con tanta solicitud las raíces orientales del pensamiento anárquico».

No somos amigos de la hagiografía. Más nos gusta la justicia. Y, por mucho que lo deseemos para Víctor García, sería excesivo pensar que en unas cuartillas podría verse cumplido este anhelo.

Para mí, que no le veo exactamente en la línea del historiador concienzudo, circuncidado a la lupa del incunable, apagado dando vueltas en torno al amarillo legado, sino como hombre sugerente, abierto, vivo, dinámico, con capacidad de ofrecer futuro, Víctor García está mucho más cerca de la libertad que de los libertarios. Si no fuera ofenderle, yo le colocaría en el más exquisito liberalismo. Pero el liberalismo se da de bruces con el socialismo, y por eso acaso sea ofenderle colocarle en el bando liberal. Lo que quiero decir es que Víctor García nació para respetar, para construir, no para devastar o para cercenar. Ese respeto conoce por lo menos un límite: no respeta el apotegma «el fin justifica los medios». A la libertad, Víctor García quiere caminar por la vía de la libertad. Y el límite son los que la predicán por las tortuosas vías de las dictaduras, de derechas o de izquierdas. El otro límite es el del liberalismo económico: si la libertad está hecha para que el pez grande zampe al chico, entonces Víctor García no se apuntaría a tal libertad.

Ante la imposibilidad de ofrecer un resumen detallado, o siquiera congruente, de la vasta y densa obra de nuestro autor, quisiéramos tan sólo ofrecer, rapsódicamente, algunos versos sueltos que pueden iluminar a grandes rasgos lo que acabamos de afirmar.

Veamos, pues, algunos rasgos categoriales de la especificidad del pensamiento de Víctor García en lo atinente a la filosofía libertaria:

1. *Primado de la praxis sobre la profesión teórica*: «El filósofo del pragmatismo, William James, decía que si el tigre y el hombre salían vivos de su lucha entre ellos, el tigre habría adquirido algo de humanidad y el hombre algo de tigreidad. Los anarquistas no son animales raros que se distinguen fácilmente en medio de la multitud. Conducen su auto por la derecha, pagan su entrada en el cine, llevan sus documentos de identidad —buenos o falsos—, comen y beben, duermen y trabajan, frecuentan amistades, sufren enfermedades, hasta pagan sus impuestos al Estado, se casan y casan sus hijos por la Iglesia si así lo exige la novia, pocos son los objetores de conciencia y muchos los que hacen el servicio militar... ¿Hay alguien capaz de señalar a un anarquista por la calle sin que le haya visto nunca antes actuar como tal? No. De la misma manera que no se distingue a un marxista, a un fascista, a un monárquico, a un mormón o a un ateo, a un criminal. El único que afirmaba que los anarquistas eran reconocibles era Lombroso, y Mella demostró que andaba errado de A a Z.

A mí siempre me ha parecido dudoso —añade Víctor García— el anarquista que hace alardes de su pureza, porque son muchos los naturistas que se comen la carne debajo de la manta, los que cantan el amor diáfano mientras entran en los burdeles por las puertas de servicio, los que hablan

de la igualdad femenina y tienen sujeta y recluida a la compañera en el interior de su serrallo» (En la Revista «Ruta», 1976).

Como se puede apreciar hay un minimalismo teórico en Víctor García, que no puede reputarse en modo alguno de pragmatismo —por mucho que sus primeras palabras vengan avaladas por una cita de William James—, sino de teoricismo atenuado, y en la misma medida de vitalismo existencialista. *Primum vivere, deinde philosophare*. Tal proclama no carece de puntos discutibles, pero en todo caso hace posible la libertad para todos, por encima de los excesos ideocráticos de bastantes libertarios que, a fuer de alzar la bandera de libertad sobre las cabezas de los demás, corren el riesgo de convertirse en dogmáticos, en puros, en inaguantables maestros del fariseísmo. Por lo demás, como el anarquismo es también un modo de praxis, tal postura es muy deseable a la hora de la praxis, pues fomenta la tolerancia, la mediación, y evita una cierta forma de radicalismo verbalista que tan nocivo es para cualquier institución. Si, de acuerdo con la distinción de un clásico entre «pieles rojas» y «pájaros carpinteros», hubiésemos de adscribir a alguno de estos dos grupos a Víctor García, su posición encajaría más bien entre los segundos.

2. *Progresismo*: «La actualización de la estrategia libertaria se impone. El auditorio de ahora abarca una masa estudiantil que era inconcebible hace un cuarto de siglo, un conglomerado intelectual al que hay que ofrecer textos de enfoques filosóficos, científicos, culturales y sociales algo distintos a los que nos iniciaron a nosotros en las ideas. El propio obrero reúne, hoy en día, una preparación cultural, o por lo menos de instrucción, que le hace más exigente a la literatura social. Reeditar, hoy en día, «En el café» o «Entre campesinos» de Malatesta, no tiene más explicación que la sentimental. Lo mismo en lo concerniente a «Sembrando Flores» de Federico Urales. Sin negar el valor, la oportunidad y la influencia que esta clase de literatura ejerciera en los medios obreros antes de la última gran conflagración debe reconocerse lo anacrónico de la misma en las horas presentes» (Ibídem).

Los clásicos no son ya los clásicos, otros son los clásicos. Si en el terreno teórico había que ser flexible, esta misma flexibilidad se muestra en verdad revolucionaria, en la medida en que echa abajo los dogmas, las verdades indiscutibles, los catecismos mantenidos por oro de ley. El radicalismo no consiste, pues, en una aparente dureza, sino en la ductilidad, el tacto, la respuesta a las exigencias del aquí y el ahora. Si los clásicos tuvieron valor, lo tuvieron porque en su época fueron precursores. Aferrarse a los nombres indiscutidos, a las verdades eternas, es para Víctor García una forma de fetichismo. La veneración a los clásicos debe darse. Pero sin perder de vista la perspectiva, sabiendo respetar. Poner al *paterfamilias* a disputar una carrera de cien metros con el nieto de quince años no es sino provocar la irreverencia y el ridículo del que se dice venerar. Los clásicos están bien donde están, y gracias a ellos estamos nosotros donde estamos. Pero lo demás es mantener vivo el *complejo de Edipo*, no poder ir a la esquina solos, necesitar de la curatela del tutor. Lo que no es precisamente una expresión de libertad, sino más bien de infantilidad.

3. *Generosidad ideológica*: «A la cabeza de los kibbutzim de Israel, del gramdan de la India, de las comunidades underground californianas, de las comunas chinas no se hallará, necesariamente, a un ariete integrado por anarquistas, y lo mismo cabe decir en lo que respecta a los movimientos objetores de conciencia o los que conducen la violencia a límites de desespero. El pensamiento permanece, la autoría se diluye y escapa a nuestro monopolio.

En el ser humano pugnan siempre las fuerzas maniqueístas del bien y del mal, de la libertad y de la autoridad. El sentimiento de fraternidad y de respeto al ser humano no es atributo de los anarquistas solamente. Hay mucho pensador independiente con el que los anarquistas podemos andar largos trechos en el camino de la libertad. Fromm, Camus, Buber, Silone, Russell, Munford, Dolci, Vinoba Bhave, Gordon, Mannheim, Chomski disponen de autoritorios más amplios que nosotros y trabajan, a su modo, en favor de una libertad que estimamos fundamental.

Todo lo dicho, naturalmente, está en contradicción flagrante con quienes dicen: «Nosotros no creemos en un anarquismo que se va dando por etapas».

Henos frente a la aberración, la maximalista, que más daño ha ocasionado en las filas anarquistas. La esgrimen todos los que han leído a nuestros teóricos y se han indignado con su lectura.

Por empezar diremos que no creemos en la generación espontánea y que el anarquismo se da ahora, después, mañana y siempre, seguida e intermitentemente. ¿Quién se ha acostado ignorante y se ha levantado culto? ¿Quién se durmió reaccionario y vio el alba abrazado a la revolución? ¿Quién anocheció autoritario y amaneció libertario?» (Ibídem).

Es la generosidad la que permite la evolución. Es también la que hace posible la propia convicción. Víctor García, en medio de una atmósfera de dogmatismo y resentimiento (que por desgracia no solamente ha acompañado a los «vencedores» sino también a los «vencidos» de nuestra guerra), no se apunta a la maniquea dualidad de las «Dos Españas».

Además, las cosas son así: no se puede atesorar avaramente bajo un celémín una verdad. La verdad es patrimonio del hombre, y el hombre sólo es de la libertad, diríamos llevando a Calderón al terreno de Víctor García. Tiene plena conciencia Víctor García de que no es más digno del Señor el que dice «Señor, Señor». Así como él —respetuoso con todo credo, agresivo con las idolatrías— sabe muy bien que no hemos sido siempre los cristianos los portadores del amor fraterno, del único mandamiento de amor recíproco que hemos recibido, así también reconoce en propia carne que no toda la libertad es la que predicán los libertarios, y que a veces éstos la hacen imposible. La hacen imposible, cuando la creen exclusiva. La hacen imposible cuando la hacen indiscutible. La hacen imposible cuando la hacen sectaria.

Por otra parte, la libertad es una conquista. Y sólo recoge quien siembra. E incluso, sólo recoge el que se entierra sin importar que otros vivan de la propia muerte. El grano de trigo no fructifica si no se entierra. Trasládando —no sé si con la aquiescencia de Víctor García: también él me perdonará si me equivoco— esta visión cristiana a la realidad del anarquismo, hay que defender con el autor de *Museihushugi* que el estilo libertario ha revivido

a través de su muerte, levantado la cabeza y el vuelo de sus propias cenizas cual ave fénix, fructificado en otros predios. No se predica en nombre de Bakunin, y pocos se acuerdan de Kropotkin. Se vive allá donde menos se espera. Todo anarquista, al menos todo el anarquista que piense como Víctor García, sabe que donde se piensa menos salta la liebre. Y esto sólo lo sabe el cazador con fe. La fe es el constitutivo formal de la libertad.

Aquél que pesa, mide, cuenta, atesora, recuenta, acapara... por mucho que se empeñe solamente podrá llegar a tener un puñado de dogmáticos en su «cuenta corriente». Siempre habrá más afiliados al gas o a la seguridad social.

¡Gradualismo! Más aún: infinitismo de los grados. Nicolás de Cusa veía en la libertad una tensión asintótica hacia el infinito. Nicolás de Cusa, el filósofo renacentista, no se equivocaba. Todos los días hemos de extremar la vigilancia, ser sobrios. *Fratres, sobrii estote et vigilate*. Lo demás se dará por añadidura. Quien piense que esto de la libertad es una cuestión de «todo o nada», acaso esté en la verdad. Bakunin creía, efectivamente, que era cuestión de todo, y no de nada. Pero Bakunin no dijo que el todo se diese en un día, por una especie de arrebato místico, o de toma del poder gracias a un golpe de estado. Predicar el acceso a la libertad por el camino de la autoridad-autoritarismo es contradecirse radicalmente.

4. *Contra toda secta*: «No creo que pagando religiosamente la cotización mensual y pegando cuidadosamente los sellos en el carnet se secunden las sanas intenciones de Malatesta». Víctor García se encuentra a mil leguas de cualquier forma de neoplatonismo. Al academicismo platónico que prescribía para el acceso a la Escuela el rigor del conocimiento de las matemáticas («No entre aquí quien no sepa matemáticas»), a todo neopitagoreísmo que divida con una regleta a los catecúmenos, a los iniciados, a los magistrantes, creo que a ellos les respondería Víctor García con un duro «*Non estis sub lege*». Que traducido a sus propios asertos, vendría a configurar una especie de antimonadología, una especie de metafísica de la apertura: «El que no abra la ventana y permita la entrada del sol y el aire, está condenado a enmohecerse». Puertas y ventanas deben echarse abajo, para que todo sea de todos, para que nada sea en exclusiva de nadie, porque la verdad es un trascendental omniabarcante: «El que llama a la puerta libertaria debe ser recibido con los brazos abiertos, con una inmensa dosis de tolerancia que no lo ahuyente, a la primera de cambio, porque su léxico ande excesivamente salpicado de expresiones no libertarias, fruto de una escuela autoritaria y estatal, de un medio ambiente prejuiciado, de una prensa mediatizadora. Exigir condición de *magister* al recién llegado resulta absurdo y este vicio tan afincado en ciertos organismos libertarios nos reduce a nosotros mismos» (Ibídem).

Doy fe: yo he llamado a la puerta libertaria de Víctor García, y ésta se me abrió de par en par. Llamad y se os abrirá, parece estar escrito en el frontispicio de esta concepción libertaria de la existencia que vive nuestro compatriota.

Larga sería la selección de textos a hacer de la inmensa obra de Víctor

García, pese a que solamente hayamos citado los de la última «Ruta», por ser los más recientes. Baste una cita como conclusión-inicio de este polisilogismo de la libertad que él representa: «Creo que hasta el más individualista siente la necesidad de organizarse y no para formar la «organización de los egoístas» como reivindicaba Max Stirner, sino porque el ser humano es sociable y «organizable». Pero organizarse implica civismo, tolerancia, admisión de la discrepancia y, en las organizaciones anarquistas, además el respeto a la idiosincrasia y a la individualidad del asociado. De ahí que una organización anarquista no pueda dar cabida, en su seno, al sectario, al fanático, al que, como decía Fabbri, llama «embrutecidos» a todos los que discrepan de él».

CARLOS DIAZ